

á ver si alguno tiene ganas de que yo sea el general! Porque á mí me hormigüea la mano...

.....

Mauro Pareja no esgrimió contra mí los dientes ni los puños. No me vi tampoco en ocasión de *jugar* con ningún sable, florete ni otra arma mortífera.



REALIDAD

DRAMA DE DON BENITO PÉREZ GALDÓS

I

Génesis y nacimiento de la obra.

IGNORO si el autor de *Gloria* habrá perpetrado el inevitable drama de los primeros tiempos de vida literaria; el que se guarda oculto en los rincones más secretos del escritorio, con rubor y emoción pueril. Lo cierto es que desde hace más de cuatro años da vueltas y vueltas en su creador magín á la idea de adaptar una novela al teatro y soltarla como *ballon d'essai* de los nuevos procedimientos llamados á vigorizar nuestra alicaída dramaturgia. Distráido á veces de este pensamiento, ora por sus tareas de novelador fecundísimo y archilaborioso, ora por viajes al extranjero, ora por la construcción de un palacete de recreo en la costa

santanderina, siempre volvía á hostigarle la idea, sostenida por esa mansa tenacidad que forma la base del carácter de Galdós. En el cerebro del Dickens español se desarrollaba poco á poco la serie de raciocinios que impulsaron á todos sus colegas de Francia á intentonas dramáticas, no siempre coronadas por el éxito. Zola, Daudet, los Goncourt, han corrido el albur de la escena, y—fuerza es declarar lo paladinamente—se ganaron sus correspondientes silbas; de tal modo, que les sirvieron de título para fundar un banquete *de los autores silbados*, donde no pudo tomar asiento Ivan Turguenef hasta que juró haber sido silbado en Rusia.—¿Por qué razón—ha dicho en alto el pontífice del naturalismo francés, y ha debido de pensar Galdós,—se pretende aislar al teatro de otras formas literarias, con las cuales guarda tan estrecha relación—la poesía, la novela? ¿Con qué derecho se afirma que la literatura representable no tiene que ver con la del libro? ¿Qué significa ese *don* famoso, esa quisicosa indefini-

ble, clave del arte escénico, parecida á la virtud del zahorí y distinta de la inspiración; esa maña ó tino, mezcla de la destreza del artífice y el prestigio del domador de fieras? Quien puede un día tras otro, en páginas inmortales, estudiar la fisonomía moral de una época, analizar el corazón humano, crear caracteres, entrechocar con fragor de tempestad las pasiones más violentas y los sentimientos más profundos; quien puede desencadenar la ola de la risa y soltar las fuentes del llanto ¿ha de encontrar cerrado el camino de la escena por culpa de ese duendecillo que se llama *el don*, por falta de práctica en ciertas rutinas, el cubiletaje que dominaron autores secundarios como Scribe?

Tales pensamientos debieron de agolparse en la mente de Galdós, unidos á otros que le impulsaban á acometer la empresa. Si en la prosperidad y lozanía de un género literario hay estímulos que incitan á cultivarle, también los hay en la decadencia y anemia de ese mismo género

para infundir pujos redentores. Nuestro teatro es parte sobrado integrante de nuestra gloria literaria, para que podamos ver tranquilos su angustiosa agonia. La indiferencia del público, su hastío, su predilección por los escenarios líricos y los géneros cómicos inferiores, nos duele como nos dolería un bofetón en el rostro. Aun comprendiendo que todavía sostiene la honra de la literatura dramática algún nombre ilustre y algún generoso esfuerzo, no pudo creer Galdós que su cooperación fuese inoportuna. Además, bien tenía que comprender el príncipe de nuestros novelistas que él no representa un guarismo agregado á la suma, sino una dirección original, ó siquiera la tendencia más marcada hacia la innovación teatral, dentro de los límites que señala al escritor cauto (y Galdós lo es en grado eminente) la tolerancia posible de los espectadores.—Y pasando de este interés general, de este celo que infunde á todo escritor patriota (también lo es Galdós, á su manera) el espectáculo de

una decadencia nacional, á otros móviles más personales y egoistas, pero lícitos y humanos, pudo Galdós desear la variedad sabrosa, probando sus fuerzas en una tarea estrictamente literaria, que, por lo tanto, debía estar á su alcance. Galdós ha escrito ya muchos tomos de novela, no tantos que no los leamos con avidez sus devotos, pero bastantes para que ya pesen sobre los débiles hombros de nuestro público leyente, tan corto de resuello como versátil y antojadizo. Estas oscilaciones termométricas no pudieron pasar inadvertidas para un hombre observador y sensato como el autor de *Angel Guerra*—que es además editor de sí mismo. La escena era un campo nuevo, libre (fuera de esos contadísimos ilustres nombres á que antes me referí) de serias competencias, un camino directo para intimar otra vez con el temible público, para hacer vibrar con más intensidad sus fibras y despertar su embotada sensibilidad artística. Porque el escritor, viva en sociedad ó escóndase en el retiro, busque ó

evite los elogios directos, aunque aparezca revestido de una coraza de indiferencia y escribiendo como quien cumple una función orgánica, tiene siempre la vista del alma fija en el público, y su corazón late á compás de ese "corazón inmenso," de la sociedad para quien produce.

Tantas razones—y en rigor bastaría una sola—fueron condensando en Galdós la voluntad de probar fortuna en el teatro; voluntad convertida en resolución inmediata en Octubre del 91.—Al pronto dudó si escribiría *una comedia* enteramente nueva, que no se basase en ningún libro. Después, la tentación de la forma dramática ya hecha de *Realidad*, y quizás el convencimiento de la importancia y vitalidad de esa novela, le impulsaron á recortar en ella el drama. Algún tiempo vaciló acerca del título. Recuerdo que para variarlo se fundaba en lo siguiente: "*Realidad* y *La Incógnita* son una sola novela, en dos tomos, con título distinto; la substancia de estos dos tomos ha de condensarse en el drama; si lleva el título

lo de uno solo, me expongo á malas inteligencias. Además, el título de *Realidad* parece un poquillo abstracto; tal vez cause extrañeza ó el público no se entere. Yo confieso que, lejos de encontrarlo abstracto, parecíame *Realidad* un nombre, si no músico y peregrino como el de Dulcinea, por lo menos alto, sonoro y significativo, como el de Rocinante; y sin duda debió de entender lo mismo al fin y al cabo el autor, cuando impuso al drama el título de la segunda parte de la novela.

Llegado á elegir escenario, decidióse Galdós por el del teatro de la Comedia, no porque en otros faltasen actores muy dignos de estimación, sino por la mayor igualdad en el cuadro de compañía, y acaso porque el Español parece dedicado especialmente á la trusa, y al drama ó comedia de nuestro teatro romántico antiguo y moderno, y en la Princesa dominan el género festivo y el género francés. Entre estos dos opuestos extremos, la Comedia ofrecía un terreno neutral, propio para la novedad de la tentativa.—No hay

que decir si los directores (lo eran entonces Emilio Mario y Antonio Vico) aceptaron gustosos la propuesta. La separación de Vico no dejó de dificultar bastante el futuro reparto de *Realidad*. No se arrojó ni se durmió Mario: al punto reorganizó su compañía, llenando el vacío de Vico con Miguel Cepillo y enriqueciendo el cuadro con la adquisición de María Guerrero. Galdós, retirado á Santander, puso mano á la tarea, y no tardó mucho en aparecerse aquí con dos actos ya dispuestos. La obra había de tener cinco, como suelen las francesas.

Aún no habían principiado los ensayos, y estuvo á pique el novel autor de reservar su obra para la temporada próxima, pues si *El Obstáculo*, de Daudet, hubiese conseguido un éxito proporcionado á la fama de su autor, podía retrasarse el estreno de *Realidad* hasta muy cerca de la Semana Santa, época desairada y desfavorable. Poco duró, sin embargo, este recelo; *El Obstáculo* no nació viable: activáronse los ensayos de *Realidad*, se

encargó á Bussato la decoración, eligieron sus trajes las actrices, discutióse la famosa cuestión de la *sombra*, para decidir si había de ser *impalpable* ó reflejada por un espejo en triángulo, y empezó para Galdós el purgatorio en que todos los autores dramáticos deben de haber expiado sus culpas, á saber: el del lápiz rojo.

Ha de entenderse que las tachaduras y supresiones en una obra dramática, aceptada y reconocida ya por buena y de ley, pueden obedecer á dos causas: extensión, y pudor ó delicadeza de epidermis en el público. Los actores expertos,—aun reconociendo que la experiencia falla hasta un grado increíble en estos asuntos teatrales,—tienen tomado el pulso al aguante del espectador en *tiempo y modo*: saben cuántos minutos puede sufrir un burgués permanecer sentado, sin moverse ni fumar, y presienten y olfatean qué palabras ó conceptos escucha ese mismo burgués sin escandalizarse. De aquí las parrillas en que frien al autor. "La escena, preciosa. ¡Qué lásti-

ma!... Le sobra de largo más de la mitad., "Esa frase es una monería; sólo temo que el público la tome por donde quema, la dé un sentido equívoco y feo y se nos solivianta., "¿Resistirá el público que le lleven á casa de la Peri?., "¡Ay, Dios mío! Los arrumacos de Augusta y Federico en el acto segundo no sé yo si pararán en bien., Estas frases no se las he oído decir á Emilio Mario, entre otras razones, porque no asisti á los primeros ensayos de *Realidad*; pero supongo que si no las dijo las pensó, y las indicaría suavemente, con toda la consideración debida á una persona de la talla de Galdós.— Y éste, habituado á la omnimoda y bizarra libertad de la novela, más de una vez debió maldecir el convencionalismo escénico y darse al diablo y aun repetir para su pañosa:

«¿Quién te metió á salinero,
Juanillo, siendo pastor?»

Al fin, sorteando bajíos donde el talento jamás naufraga; limando por aquí

y apretando por allá; buscando efectos y redondeando actos, quedó el drama ensayado y dispuesto para estrenarse el día 6 de Marzo (un martes por más señas).

II

La noche del estreno.— La segunda noche.— Actitud del público.

Andaba la curiosidad todo lo despierta que puede andar en España por un suceso meramente literario, y contra lo que algunos temían, el público no llevó á mal la subida de precios de las localidades en la primera noche. Componíase el lucidísimo concurso, no sólo de los *habitués* de los estrenos— literatos, críticos, dramaturgos, periodistas— sino de amigos particulares y admiradores de Galdós, entremezclados con indiferentes, á quienes conducía al teatro, ó una afición general, ó una comezón especial de ver el alboroto. Aunque sin alarmante insistencia, habían corrido voces de que era "natura-